4207

La Ermita

Feuillet

LA ERMITA.

COMEDIA POR

OCTAVIO FEUILLET

DE LA ACADEMIA FRANCESA.

PERSONAJES.

La baronesa D'Orthez.....	50 años.
El general Du Kerdic.....	60 id.
Elena.....	22 id.
Federico.....	34 id.

La escena pasa en los baños de ***, en Normandía.

Un parque en un valle; reflejos de un lago entre los árboles. A la derecha el lindero de un bosque. Tarde de verano.—La baronesa atraviesa rápidamente un prado para ganar un sendero.

LA BARONESA.

¡Feliz inspiracion ha sido la de venir por aquí!... ¡esto es un pantano!... ¡Mis botinas están en compota!... ¡estas cosas no suceden á nadie más que á mí!... *(Vése detenida repentinamente por un cordero que le cierra el paso.)* ¡Bien! ¡esto es mejor! *(Agita el pañuelo delante del cordero.)* ¡Pst! ¡pst! ¡marcha! no gusto de animales que no conozco... *(El cordero gira en derredor de ella balando.)* ¿Querrás marcharte de una vez? ¿Qué me querrá este monstruo? *(Se enreda en la cuerda que sujeta el cordero á una estaca.)* ¡Me ha cogido! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Cómo tira! ¡Socorro! ¡socorro!...

EL GENERAL DU KERDIC, *acudiendo.*

No temais, señora.

LA BARONESA, *fuera de sí.*

¡Socorro, caballero! ¡por favor! ¡me va á devorar este cordero hidrófobo!

EL GENERAL.

¡Al contrario, vos sois quien le estrangula! *(La ayuda á desenredarse.)*

LA BARONESA.

¡Ah, caballero! ¡qué gran favor acabais de hacerme!

611957

EL GENERAL, *que la ha mirado con atención.*

¡Ah, canario! ¡no me engaño! ¡No, á fe mia! *(Acércase á la baronesa, y la abraza con energía militar.)*

LA BARONESA, *agitándose.*

¡Cómo! ¿Qué es esto?... ¡Dejadme, jóven! ¿Estais loco? ¡No hay duda, es un loco! ¡Socorro!...

EL GENERAL.

Pero, ¡diantre! miradme á la cara...

LA BARONESA.

¡Calla! ¿sois vos, general?... ¡Que Dios os castigue!

EL GENERAL, *riendo.*

¡Dejadme... dejadme, jóven!... je... je... ¿Cómo va, vieja amiga?

LA BARONESA.

¿Qué os importa? Si os interesaseis en ello podiais haberme pedido noticias de mi salud en los diez y seis años en que os hago el honor de preguntar por la vuestra á todos los bretones que encuentro... Veamos, ¿de dónde salís!... No esperaba veros hasta el valle de Josafat, y os encuentro aquí, fresco como una rosa... ¡Qué feo estais!

EL GENERAL.

¡Ta, ta! ¿prefeririais que hubiese muerto?

LA BARONESA.

Eso seria más político.

EL GENERAL.

¡Pues bien!... ¡palabra de honor! sois una ingrata, porque veinte veces he estado á punto de escribiros... pero me he dicho: ¡bah! ¡habrá olvidado al viejo breton, al viejo soldado campesino... imitémosla!

LA BARONESA.

¡Admirablemente pensado!... pero, en fin, ¿de dónde salís?

EL GENERAL.

¡Pardiez! ¿de dónde quereis que salga? de mi casa, de mis

bosques. Vivo como una ostra... Tengo una granja modelo en las costas del Norte.

LA BARONESA.

¿Y qué venís á hacer á estos baños?

EL GENERAL.

Nada absolutamente. Mi hijo deseaba cazar ardillas. Yo me he dejado persuadir como un imbécil de que no digeria, y la verdad es, que digiero como un buey. ¡Soy tan débil con ese bribon!... En fin, hace ocho dias que estoy aquí... resfriándome. ¡Hum!

LA BARONESA, *cogiéndole el brazo y continuando el paseo.*

¿Supongo, general, que vuestro bribonzuelo comenzará á dar paseitos sin andadores?

EL GENERAL.

Sí, sí, ya comienza á moverse. ¿Sabeis que va á cumplir treinta y cuatro años? ¡Parece mentira!... ¡palabra de honor!... ¿Qué edad teneis, baronesa?

LA BARONESA.

Tenia cuarenta años la última vez que os vi en Paris. Contad.

EL GENERAL.

¡Diablo! ¡diablo!... No importa, sois como yo, de buena cepa. ¡Je! ¡je! ¡no hay como los de nuestro tiempo, amiga mia! ¡Cuánto me alegro de haberos encontrado!—¿Y Elenita? ¿supongo que estará por aquí ese diablillo?

LA BARONESA.

¡Ciertamente! Debeis suponer que no me ha abandonado desde su desgracia.

EL GENERAL.

¿Qué desgracia?

LA BARONESA.

¡Supongo que no desconocereis la historia de mi yerno!

EL GENERAL.

¡Cómo! ¿vuestro yerno? ¿Casó Elenita? ¿Pues habrá crecido

mucho desde que no la veo? Era así. (*Señala con el baston un tallo de yerba.*)

LA BARONESA, *indicando un tallo muy alto.*

¡Pues bien! ahora es así, y además, muy guapa.

EL GENERAL.

¡Bah!... ¡es cosa extraordinaria!... ¿y por añadidura casada?

LA BARONESA.

No... es decir, es viuda... si se quiere.—¿Pero es posible que no conozcais esa historia?

EL GENERAL.

¿Cómo diablos quereis que la sepa? Salgo de mi nido... vivo como los hongos... ¡soy un oso!

LA BARONESA.

En cuanto á lo último, no lo dudo.—Figuraos, mi pobre general, que á principios de 1848... ¿Supongo que sí sabreis que hubo una revolucion ese año?

EL GENERAL.

¡Pardiez!

LA BARONESA.

¡Vamos! ¡ya es algo!

EL GENERAL.

Preferiria no saberlo.

LA BARONESA.

¡Me asombrais!—Pero volviendo á mi hija; ésta cumplia entónces veinte años...

EL GENERAL.

¡Imposible!

LA BARONESA.

¿Quereis dejarme hablar?—Os diré de paso, general, que os habeis acostumbrado perfectamente á los buenos modales de vuestra granja modelo. Imposible tener peor tono que teneis vos. Ya érais una maravilla en el género; pero ahora no se os puede sufrir. Solamente os falta un látigo y un carro, os lo aseguro.

EL GENERAL.

Mil gracias.

LA BARONESA.

Tenia, pues, mi hija veinte años, y ya se le habian presentado más de quince pretendientes. Elena los habia reusado á todos, al uno por los bigotes, al otro porque no los tenia, á aquel por los guantes, al de más allá por su manera de saludar... Yo estaba desolada, porque sabreis que profeso el principio de casar jóvenes á las muchachas, ántes de que tengan tiempo para reflexionar. Pasados los veinte años quieren elegir, se hacen cada vez más difíciles, hasta que se encuentran entre la espada y la pared, y entónces cargan con el primero que se presenta.

EL GENERAL.

Es verdad; eso me recuerda á mi vecina de campo, la señorita Meridez, que ha concluido por casarse con un verdadero ganapan.

LA BARONESA.

¡Ya lo veis!—Eso mismo decia yo á Elena. Además, en aquel tiempo me encontraba enferma, me creia próxima á dejar este mundo, y pasaba tristísimas noches, os lo aseguro, pensando en el abandono en que iba á dejar á mi hija; no pudiendo contenerme más, me decidí á manifestarla el orígen de mi tristeza, lo que, entre paréntesis, me hubiese guardado mucho de hacer, á poder adivinar el bonito estado en que aquello nos iba á colocar á las dos. En la vida habeis visto cosa igual. Aquello fué el diluvio. Ya conoceis á Elena; parece sempiterna bromista, y creeriase que no ama nada sobre la tierra. ¡Pues bien! ¡fiaos en las apariencias! ¡pobre muchacha!... *(Se enjuga una lágrima.)*

EL GENERAL.

No me asombra que sea buena la hija de tan excelente madre.

LA BARONESA.

¡Bah! tengo mis defectos.—En fin, al dia siguiente se presentó Mayran, y fué aceptado.

EL GENERAL.

¿Mayran? ¿quién es Mayran?

LA BARONESA.

Mayran... ¿quién ha de ser? Mayran.

EL GENERAL.

Es que yo he conocido á un Mayran.

LA BARONESA.

No lo contradigo; pero dejadme concluir por favor, y no enredeis vuestros recuerdos con los mios. Nuestro señor de Mayran era ayudante de campo del rey...

EL GENERAL.

En ese caso es otro el mio.

LA BARONESA.

Probablemente. Fijóse el matrimonio para el 22 de Febrero. Ciertos papelotes que se esperaban hicieron que se aplazase para el 23. Cuando salíamos de la alcaldía para ir á Santo Tomás de Aquino, llaman á mi yerno á palacio. Sale al galope como un desesperado. Le encargan llevar una órden á la Bastilla, y cuando pasaba por delante de la puerta de San Dionisio, uno de aquellos animales le suelta un tiro.

EL GENERAL.

¡Ah! ¡diablo!

LA BARONESA.

Tres dias despues estaba viuda mi hija. ¿Puede llamarse esto desgracia?

EL GENERAL.

Superlativa.—¿Creo que no os incomoda el olor del tabaco?

LA BARONESA.

Al aire libre lo adoro.

EL GENERAL, *encendiendo un cigarro.*

Teneis todas las virtudes.—¿Y no habeis podido conseguir que se vuelva á casar vuestra hija?

LA BARONESA.

No.—Por efecto de aquellas sacudidas se ha robustecido mi salud, faltándome así mi mejor argumento. Además, mi hija se ha hecho supersticiosa; pretende que seria desgraciada en el matrimonio y que el cielo se ha dignado advertírselo por medio de una especie de milagro... esto no deja de ser ventajoso para el pobre Mayran, ¿no os parece?... y que á ménos de otro milagro en sentido contrario, permanecerá viuda hasta el fin de sus dias.

EL GENERAL.

Despues de todo, si solamente deseais para ella una posicion, la tiene.

LA BARONESA.

¿Qué posicion? ¡Bonita posicion! La de una viuda jóven, ¿no es peor que la de una soltera? Si tuviese hijos ya seria diferente.

EL GENERAL.

¡Ah! ¿no tiene hijos?

LA BARONESA.

¿Cómo quereis que los tenga? ¿No os he dicho que no llegaron á la iglesia?

EL GENERAL.

Es verdad. Perdonad. *(Despues de una pausa.)* ¿De modo que tampoco teneis nietos?

LA BARONESA.

Así parece.—Pero os prevengo que si tocais esa cuerda vais á disfrutar del desagradable espectáculo de una vieja llorando.

EL GENERAL.

¡Seria divertido!

LA BARONESA.

¡Cómo! ¿divertido?

EL GENERAL.

Sin duda. A vuestra edad se necesita tranquilidad; ¿qué hariais de una legion de diablillos que saquearian vuestra casa?

LA BARONESA.

¿Qué haria? ¡Les amaria, les malcriaria, me los comeria!... Escuchad bien esto, general; nunca he pedido peras al olmo; exijo á cada edad los frutos que debe producir naturalmente, y nó otros. Comencé por soñar un buen marido, y ¡á Dios gracias, lo obtuve! En seguida deseé hijos,—como era mi derecho,—y mi linda hija me ha traido dulcemente hasta el umbral de la vejez... Ahora ¿qué me sucede? que holgazaneo, que estoy en huelga. ¿Podeis comprender que Dios, en su misericordiosa sabiduría, haya desheredado de todo consuelo á la edad que más lo necesita, y no creeis que ha reservado á los ancianos nuevas ternuras en los nietos, dulces sacrificios y supremos amores? Privada de ese bien, me parece que mi vida no es completa, que no he amado bastante, tal vez que no he sufrido bastante—porque todo es lo mismo —y en fin, que moriré con un seno del corazon intacto y lleno de suspiros... Pero ¿á qué cuento mis secretos á un viejo peñasco de granito como vos?

EL GENERAL, *deteniéndose y cogiéndola del brazo.*

No tanto, no tanto. Creo que nadie nos escucha, ¿verdad? Pues bien, soy tan bestia como vos.

LA BARONESA.

¡Cómo! ¿qué decís?

EL GENERAL, *con energía.*

Os digo que soy tan bestia como vos, ¿no es esto claro?

LA BARONESA.

¡Ah! ¿tambien desearíais tener un nietecito?

EL GENERAL.

No; ¡una nietecita!—En último caso me seria igual, pero preferiria la nietecita, porque son más bonitas... No podeis

comprender los sacrificios de que seria capaz por esa niña... En primer lugar, daria ahora mismo un brazo por ella... ¿Qué me importaria? Seria manco... pero eso no me impediria hacerla saltar sobre mis rodillas, ¿verdad? En seguida la vestiria de encajes de Inglaterra, y la cubriria de diamantes la gorrita, y de perlas finas los zapatitos. Emplearia en ello toda mi granja-modelo. Tengo dos carneros monstruosos, quiméricos, de una raza que yo he perfeccionado, y que son la admiracion del mundo entero; animales que crio como príncipes, entre algodones... pues bien, os doy mi sagrada palabra de honor que los engancharia á la carretelita de mi nieta. Como veis, es una locura; pero creo, y ¡lléveme el diablo si nó! ¡si tiraria de ella yo mismo!—Hace diez años tenia mil proyectos de este género, y en ellos me mecia; este era mi porvenir, la alegría de mi vejez... Pero... ¡bah! no hablemos más de eso... Nuestra suerte es igual, vieja amiga.

LA BARONESA.

Pero, general, ¿vuestro hijo?...

EL GENERAL.

Y bien. mi hijo es como vuestra hija.

LA BARONESA.

¿Y por qué no quiere casarse?

EL GENERAL, *animándose.*

¿Por qué?... porque ya no es moda hacerlo; porque todo el mundo, chicos y grandes, se han echado á filosofar, á sutilizar sobre las cosas más sencillas, sobre las nociones más elementales y mejor definidas... porque se ha descubierto, por ejemplo, hace treinta años, que la condicion más gloriosa para el hombre era la de bastardo, y el estado más honroso para la mujer el de buscona y Gothon de teatro. Nuestros padres, que preferian los hijos legítimos y las mujeres honradas, se engañaron en esto como en todo; porque parece, querida amiga, que durante cinco mil años el mundo está rodando hácia la izquierda, en vez de rodar hácia la dere-

cha... ¡Lo que son los descubrimientos!... El mejor dia se descubre que estamos formados para andar de cabeza en vez de andar de pié. ¡Ya vereis! Va recorriendo la tierra una plaga de orgullo y necedad, de la que, más ó ménos, todos están infestados. ¿Creeis que vuestra hija única haya escapado al contagio? Ni más ni ménos que mi hijo. Sin saberlo, los dos obedecen á ese vértigo comun, á esa paradoja reinante, al odio á la ley y al deber, á la rebelion general contra el buen sentido, contra la evidencia y la vieja luz del sol.

LA BARONESA.

Posible es que mi hija haga prosa sin saberlo... pero ante todo, es una jovencita delicada como el armiño, altiva como una infanta, y austera en el fondo como una cuákera; tiene la singularidad de no encontrar agradable la galantería que vuestros casinos han trasportado á nuestros salones... en una palabra, alimenta una idea extraordinaria contra los hombres: cree que todos son groseros.

EL GENERAL.

¡Ya veis que sutiliza! esa es una protestita social á su manera... ¿Acaso se ocurria á nuestras madres encontrar groseros á los hombres? Vuestra hija es como mi hijo. ¿Creeis que tiene él elevada idea de vuestro sexo?

LA BARONESA.

Seria el único del suyo que tuviese ese buen gusto. Veamos: ¿qué censura á nuestro sexo ese caballerito? Que carece de virtud, por regla general; ¿no es esto? ¿Y qué piensa de su difunta madre? Hará una excepcion para ella sola, ¿verdad? Todos exceptúan á su madre, y no advierten que á ese paso la excepcion se convierte en regla general.—¡Esto da lástima!

EL GENERAL.

Sin embargo, convendreis en que por aquí y por allá hay mujeres que se conducen mal.

LA BARONESA.

Posible es. Y podeis añadir que esas son las que mejor co-

nocen los jóvenes del dia, ó mejor dicho, las únicas que conocen. Añadid que con esos tipos se confeccionan las heroinas de novela y de teatro, y que así se extravia la opinion. Una mujer de bien no entrega los secretos de su pensamiento y la desnudez de su alma á la anatomía literaria, como no va á servir de modelo á un estudio de pintor; el escalpelo de los poetas solamente registra corazones pervertidos, ni descubre otras almas que las malsanas. De aquí resulta en la imaginacion pública cierto tipo fabuloso del sexo femenino, que se parece, lo concedo desde luego, á las señoritas de aquellos caballeros, pero no á mí, lo aseguro. Mirad, conocí á un mocito, que se vanagloriaba de haber triunfado de dos ó tres mozas de posada, y que despues se quejaba de que todas las mujeres exhalasen olor de ajos; por esta razon no queria casarse. Referid la historieta á vuestro señor hijo.

EL GENERAL, *riendo.*

No dejaré de hacerlo, aunque no creo que pueda aplicársela; porque él admite en principio razonable número de mujeres honradas...

LA BARONESA.

En ese caso es un original.

EL GENERAL.

Lo que le detiene... sé de memoria todas sus necedades, como podeis comprender... es el pasado, el temor de asociar su vida y su honra á una desconocida; porque, en su opinion, siempre es desconocida la mujer con quien uno se casa, á causa de la perpétua comedia que representan en la sociedad las solteras... Así es que, dice, nunca se casaria sino con una mujer á quien hubiese podido estudiar en una circunstancia anormal, en una de esas crísis que dejan al descubierto el carácter, sacándole fuera de la rutina mundana, y dándole, á pesar suyo, su direccion natural... una mujer, por ejemplo, con la que hubiese tenido la rara fortuna de nau-

fragar sobre una roca, ó viajar á solas por las selvas vírgenes...

LA BARONESA.

Entónces que se case con una salvaje.

EL GENERAL.

Eso mismo le he dicho yo.—¡Cásate con Atala! ¡Lléveme el diablo si no se lo he dicho así!—Pues bien, ¿qué quereis que haga con un mozo de ese temple? Vamos, decid.

LA BARONESA.

Lo positivo es que con un mozo como ese, trabajillo os costará ser abuelo. Sin embargo, presentadmelo; tengo curiosidad por verlo. ¿Por dónde anda ahora?

EL GENERAL.

Cazando ardillas por esos bosques inmediatos. ¿Y no podré ofrecer mis respetos á la bella Elena?

LA BARONESA.

La bella Elena está dibujando bajo un abeto, por allá. La buscaremos cuando termine la expedicion que medito. Venid por aquí.

EL GENERAL.

¡Caramba! ¿á dónde me llevais por esos senderos extraviados?

LA BARONESA.

¿Qué suponeis pueda ser esa casita que se ve allí?

EL GENERAL.

No sé... parece una capilla... bastante fea, una especie de marabut.

LA BARONESA.

¡Vos sí que sois marabut!—¡Quitad allá! Ahí está enterrada Santa Marcela.

EL GENERAL.

Corriente.

LA BARONESA.

¿Pero de veras no habeis oido hablar de esa santa?

EL GENERAL.

¡En mi vida!... Santa Marcela... *(Reflexionando.)* ¡En mi vida! ¿Qué santa es esa?

LA BARONESA.

Una santa milagrosa.

EL GENERAL.

¿Estais segura de eso?—¿Qué especie de milagros hace?

LA BARONESA.

Santa Marcela, general, era una pastora ántes de la revolucion, que con solo el poder de sus encantos y de su virtud, se casó con un Príncipe normando. Desde entónces se invoca á esta santa princesa cuando se trata de realizar un matrimonio que encuentra dificultades por parte de los contrayentes ó de los futuros suegros.

EL GENERAL.

¿Y cómo se hace eso?

LA BARONESA.

En otro tiempo, la capilla estaba en medio del bosque, sobre las ruinas de la cabaña que habitó la maravillosa pastora, y venian á ella en peregrinacion de cien leguas á la redonda: habia aquí hermitaños con hermosa barba blanca, sirviendo la capilla de padres á hijos...

EL GENERAL.

¡Diablo! ¿cómo? ¡De padres á hijos! ¡Pues es bonita la historia!

LA BARONESA, *consternada.*

¡Ay, Dios mio! ¡qué atrocidad! ¿dónde tenia la cabeza?... Queria decir, que solamente tenian colocacion aquí los ancianos más venerables... á fin de evitar murmuraciones, porque venian muchas muchachas á hurtadillas: traian tambien niños y niñas que despues se amaban milagrosamente. Despues de la revolucion, trasladaron los religiosos al valle, y toda la peregrinacion consiste ahora en encender una vela sobre la tumba de la santa. La antigua ermita ha conservado su mila-

grosa y simpática virtud, y jamás se encuentran impunemente en ella un jóven y una muchacha; es preciso casarlos en seguida, y si nó ¡cuidado!

EL GENERAL.

¿Supongo que no vendreis de Paris con ese objeto?

LA BARONESA.

Sí, señor, de Paris. Mi hija no sospecha nada. La he traido con pretexto de mi salud; pero la verdad es, que leí hace algun tiempo esta historia, y fué lo bastante para que concibiese esperanzas. Calladitamente voy á colocar mi vela ante esta querida santa, y un dia de estos, cuando conozca mejor la sociedad que hay aquí, arreglaré un encuentro en la ermita entre mi hija y el primer jóven que me convenga. Despues veremos lo que resulta. Me atreveria á aconsejaros que hicieseis lo mismo que yo.

EL GENERAL.

Gracias. No me gustan esa clase de remedios.

LA BARONESA.

¿Qué trabajo os cuesta ensayar?

EL GENERAL.

¡No adoro *fetiches!*

LA BARONESA.

A pesar de lo que tronais contra el orgullo humano, parece que poseeis vuestra pequeña dosis.

EL GENERAL.

¿Por qué? ¿porque creo que no es propio de la dignidad de Dios intervenir en nuestros asuntillos caseros? ¿y porque creo ménos aún que se pueda comprar esa intervencion con una velita?

LA BARONESA.

¡Ah! ¡tambien filosofais vos! Cortais la cuestion con vuestro sable de caballería en dos tajos, ¿y creeis que os voy á dejar hacerlo? Decidme algo sobre lo que es exactamente la dignidad de Dios. ¿Os la ha dado á guardar? La dignidad de

Dios, como su bondad, general, son cosas muy delicadas de definir y determinar. Creed que sabe mantener la una y ejercer la otra sin nuestro oficioso concurso. Y además, ¿á qué llamais nuestros asuntillos caseros? ¿Creeis acaso que Dios desde su altura no ve nuestros asuntos humanos sobre el mismo plano los que llamais grandes y los que considerais pequeños; las desgracias de un pueblo y las penas de una madre? No tengo bastante talento para establecer distinciones sábias entre las plegarias que son dignas de la atencion divina y las que no lo son: prefiero creer que la plegaria siempre es buena, y que la más mezquina ofende ménos á Dios que vuestros orgullosos respetos. Esto en cuanto á los asuntillos caseros... Queda la vela que agita singularmente vuestra bilis volteriana. Confieso que la vela, en sí misma, es pobre regalo; pero si Dios lo acepta, como yo se la ofrezco, en testimonio de mi fe, por sencillez de espíritu y humildad de corazon, espero sinceramente que le será agradable.

EL GENERAL.

No hablo mal de las plegarias, señora baronesa, ¿entendeis? En las batallas, yo oraba ántes de cargar. El hombre que no ora jamás, es un bribon ó un necio. Pero vuestros santos, vuestras santas y vuestras historias son antigüedades idolátricas y nada más. ¿Acaso no conozco yo esas cosas? mi comarca está plagada de ellas... Las conozco perfectamente... ¡bah!...

LA BARONESA.

No conoceis nada, general; desde que se cree en otra vida, nada tan razonable ni más dulce que creer en el poder intermediario y benévolo patronato de las almas justas y dichosas; esta es su recompensa, y su magistratura allá arriba.— Pero sea lo que quiera, mi oficio no es convertir paganos al aire libre... Voy á cumplir mi voto. ¿Me esperais aquí?

EL GENERAL.

Sí. Id.

LA BARONESA, *en la puerta de la ermita, y volviéndose ántes de entrar.*

General, vuestros mayores tenian el valor de la vela además de el de la lanza. ¡Vosotros no sois tan valientes!

EL GENERAL.

Valiente ó nó, os aseguro que detesto las gazmoñerías.

LA BARONESA.

¡Gazmoñerías! ¡Bonito argumento! Pero ya que hemos llegado á las palabras gordas, huyo.

EL GENERAL, *bruscamente.*

¿Pero os agradaria?...

LA BARONESA.

Mucho, mucho; porque tengo mi segunda idea.

EL GENERAL.

Pues bien, id delante, os sigo; pero conste que es por agradaros, porque no creo... (*Entran en la capilla.—Pasan cinco minutos.—Reaparecen la baronesa y el general.*)

LA BARONESA.

Y bien, ¿os habeis muerto?

EL GENERAL, *sombrío.*

No he muerto; pero veremos si esto da resultados.

LA BARONESA.

Veremos.

EL GENERAL.

Y si no los da, podeis estar segura de que no os perdonaré en mi vida.

LA BARONESA.

¡Ah! ¡cómo me agrada eso! ¡como si yo pudiese responderos de algo!

EL GENERAL, *deteniéndose indignado.*

¡Cómo! ¡no respondeis de nada!... ¿Me obligais á semejante cosa y no respondeis de nada?...

LA BARONESA.

¿Pero qué os sucede ahora? ¿Qué significa esto? ¿Deberia

haberos firmado una escritura?... ¡Esto no tiene sentido comun! *(Lanza una carcajada.)*

EL GENERAL.

Es verdad. Esto es absurdo; pero estoy furioso. ¡Vámonos!

LA BARONESA, *riendo más y más.*

No... dejadme reir aquí... En verdad que no he visto en mi vida rostro más grotesco que el vuestro cuando haciais... eso.. Sin poderlo evitar, he pensado en el diablo en el batisterio... *(Rie.)*

EL GENERAL.

Hacedme el favor de callar; si no, os doy mi palabra de honor de que entro y quito mi vela.

LA BARONESA, *grave.*

Viviendo yo, no hareis semejante cosa. *(Se le lleva.)*

Interior de un bosque.

ELENA, *con un álbum debajo del brazo y andando azorada.*

Esto es un cuento de brujas, sin el ogro... al ménos hasta ahora. Aquí hay una especie de camino, ¿pero á dónde lleva? Un camino que no dice á donde lleva, no lleva á ninguna parte... Este bosque está muy mal ordenado... *(Se detiene y apoya contra un árbol.)* ¡Uf! estoy rendida... Siento agitárseme el corazon como un molino... Debo haber andado lo ménos cien leguas de un lado para otro... Veamos, tratemos de orientarnos. En primer lugar, el bosque está á la derecha de la casa de baños; luego al principio tomé á la derecha. Despues seguí un sendero á la izquierda,—el sendero donde encontré la culebra — por lo cual me separé más á la izquierda, atravesando una especie de seto. Despues... despues

he dado mil vueltas, y esto es lo que me ha perdido... No sé absolutamente qué hora podrá ser... ¡Si me sorprendiese aquí la noche!... Vamos, no se trata de perder la cabeza... Además, este parece ser un bosque honrado Lo peor que puede sucederme es volver al estado salvaje... No importa, esto es triste, y si yo no charlase sin descanso, como una cotorra, creo que me sentiria mal (*Estremécese de pronto.*) ¡Ah! ¡Dios mio! ¿quién respira tan fuerte? (*Separa con precaucion las ramas de un matorral que oculta un claro, y retrocede en seguida, exhalando ahogado grito.*) ¡Es un hombre!... ¡Dios mio, qué miedo he tenido! (*Rie.*) Pues bien, es un hombre y nada más .. Y lo mejor es que voy á utilizarle... (*Separa nuevamente las ramas.*) Duerme; es un cazador; tiene la escopeta al lado... Duerme con la mayor inocencia... Mucho lo siento, sin duda, pero... (*Entra resueltamente en el claro, y en seguida se detiene vacilando.*) ¿Le despertaré? ¿Sé acaso quién es ese jóven?...—¡Hum! tiene nariz griega, manos blancas... ¡Bah! ¡tanto peor! (*Tose.*) ¡Jem, jem!... Nada. ¿Estará encantado? ¡Acariciémosle! (*Inclina una rama, cuyo extremo viene á rozar la frente del jóven.*)

FEDERICO, *despertando y levantándose bruscamente.*

¿Qué es esto?... ¡Jem, jem!... ¿Qué ocurre?... ¡Ah, señora, os pido mil perdones!

ELENA.

Al contrario, caballero, yo debo rogaros mil veces que me excuseis... ¿Creo que cazabais?...

FEDERICO.

Sí, señora, en el país de los sueños... Y aún creo encontrarme en él.

ELENA.

Sois muy feliz. Yo me encuentro en la realidad más prosáica del mundo, he penetrado locamente en este bosque, sin conocerlo, y me he extraviado...

FEDERICO.

¡Dios mio! ¡señora!

ELENA.

¡Dios mio, sí! He salido de la casa de baños á las cinco...

FEDERICO.

¿Vivís en la casa de baños, señora?

ELENA.

Desde esta mañana, con mi familia... Hace dos horas, á lo que creo, que estoy dando vueltas en este laberinto, y os suplico que me indiqueis el camino más directo y más corto para volver al valle.

FEDERICO.

Dignaos aceptar mi brazo, señora.

ELENA.

No, no, mil gracias. Indicadme el camino solamente.

FEDERICO.

Tened la amabilidad de aceptar mi brazo. El camino es largo y muy complicado...

ELENA.

Tengo buena memoria... Me bastará una sencilla indicacion.

FEDERICO.

Señora, ¿no es bastante para confusion mia haberme dejado sorprender en una ocupacion poco digna de interés, en una postura sin gloria, y es humanitario añadir á esto una desconfianza que nada autoriza?

ELENA.

No es desconfianza; pero prefiero volver sola y...

FEDERICO.

Señora, me mortificais cruelmente... ¿Os inquieta el desconocerme? Permitid, pues, que me presente. Me llamo Federico de Kerdic...

ELENA.

¡Ah!

FEDERICO.

Hijo del teniente general del mismo nombre. Ahora, señora, ya sabeis quien soy.

ELENA, *riendo.*

¡Oh! era completamente inútil.

FEDERICO.

¿Inútil? Sin embargo, aún leo alguna indecision en vuestros ojos, y me atrevo á decir que conozco la causa. ¿Temeis que por el camino aborde el género de conversacion que vuestro rostro es tan á propósito para inspirar? Señora, si contra ese temor os parece débil garantía la palabra de honor de un extraño, permitid que añada mi posicion excepcional: esta es tal, que me impide cualquier pretension acerca de una señora; en una palabra, voy á casarme. Ya veis que quemo mis naves. ¿Os dignareis ahora tomar mi brazo?

ELENA.

Si realmente no os incomoda acompañarme...

FEDERICO, *riendo.*

Estaba seguro de ello... Por aquí, señora. *(Pónense en marcha.)* Sí, sabia que el hombre destinado á próximo himeneo, reviste á los ojos de vuestro sexo especial carácter de inocencia; ó más bien, se hace inofensivo; ya no pertenece á la tierra, ya no despierta ninguna pasion mortal; es un sér indiferente, fuera de su centro, néutro...

ELENA.

Decid sagrado.

FEDERICO.

Sagrado, sea. El traje del desposado tiene cierto aspecto de sotana; y sabido es que la jóven más honrada hace poco caso de un clérigo en un salon.

ELENA.

Y ¿por qué?

FEDERICO.

¡Dios mio! señora, es que el amor...

ELENA.

¡Oh, el amor!

FEDERICO.

Lo he nombrado... Es que el amor, visible ú oculto, alimenta siempre los frívolos comercios del mundo, dándoles movimiento y vida. Entre vosotras y nosotros forma la sutil trama de los diálogos más irreprochables; suprimidle, y decae todo interés y se aplana toda conversacion. Se habla de otra cosa; se le cree muy léjos; sin embargo, está presente, y si por acaso no existe ni puede existir, morimos de fastidio.

ELENA.

No podria decirse con mayor discrecion que todas somos coquetas refinadas.

FEDERICO.

No se es coqueta por eso. Se ama la virtud, pero se quiere tener el mérito de amarla, y esto es muy natural; no hay placer ni honor en salvarse, si no existe ninguna probabilidad de perderse. Seguramente que no queremos fastidiarnos ni fastidiar á nuestro interlocutor, y es cosa insoportable que esto sea imposible.

ELENA.

¡Vanidad de vanidades! ¡no se os ocurre que pueda ocuparse agradablemente una mujer sin que se ocupe de vosotros! Eso es un error, señor de Kerdic, os lo aseguro. Soy mundana en alto grado, y os aseguro que el mundo nos ofrece infinita variedad de distracciones, á las que es completamente extraño el amor.

FEDERICO.

Os agradeceria, señora, que me dijéseis cuáles eran.

ELENA.

Por ejemplo, yo, yo me paso los dias embelleciéndome

para la noche... ¿Creeis que no sea contínua diversion, no diré ser bella, sino trabajar?... ¿Fruncís el ceño, señor de Kerdic? Adivino en vuestros labios una palabra que con gran trabajo retiene vuestra cortesía... palabra terrible, en la que resumen los hombres cuanto desprecio, indignacion y lástima pueden concebir contra nuestro sexo... ¡Trapos! exclaman, y todo está dicho ya en cuanto á nosotras. ¡Pobres gentes!... ¿Acaso saben lo que es un trapo? ¡Saben lo que cuesta, y nada más! Pero yo, caballero, os voy á decir lo que es, porque me pareceis hombre serio y reflexivo... Es el encaje que se estremece, el terciopelo de suaves reflejos, el satin que cruge bajo los dedos, son mil tejidos, ligeros como el aire, graciosos como las flores, brillantes como los astros, que nuestra mano dobla é idealiza á su capricho. Decid cuantas veces querais que esto es frívolo, pero confesad que es encantador. (*Rie.*)

FEDERICO.

Ese era manantial de emociones desconocido para mí, y que haceis brotar á mis ojos deslumbrador é irresistible... Desde este momento quedo convencido de que todo el destino de una mujer se resume en una sola palabra: ¡Trapos! —y que más allá nada tienen que hacer la cabeza ni el corazon.

ELENA.

¡Ah! hé aquí un hombre razonable al fin... Desde luego prodigo felicidad sin límites á la jóven con quien vais á casaros... ¿Podré preguntaros si es de este país?

FEDERICO.

Posible es que lo sea, señora, pero no puedo asegurarlo, puesto que aún no tengo el honor de conocerla.

ELENA.

¡Cómo! ¿no está hecha aún vuestra eleccion?

FEDERICO.

Aún no, señora. Ese es el único obstáculo que se opone á mi felicidad.

ELENA.

En ese caso, habeis sorprendido mi confianza. (*Se detiene.*)

FEDERICO.

Permitidme, señora; mi eleccion nada importa á vuestra seguridad. Debe bastaros saber que me caso, que esta es una determinacion irrevocable, y que así os lo he declarado. Al desplegar esta bandera inofensiva, creo que he declinado todos los derechos de beligerante, y no podriais desear mejor salvaguardia para las breves relaciones que la casualidad os impone favoreciéndome.

ELENA, *volviendo á andar alegremente.*

Sea en buena hora, si ese matrimonio es un proyecto formal, y no una broma del momento.

FEDERICO.

Este proyecto es tan serio, señora, y absorbe de tal manera todas mis facultades, que no podria hablaros de otra cosa aunque lo deseara. Decidido á realizarlo dentro de poco tiempo, hablo de ello sin cesar, y sufro sin descanso y hago sufrir á los que me rodean sus febriles preocupaciones.

ELENA.

Habladme, pues, de él, señor de Kerdic, y no hableis de otra cosa; os escucharé muy tranquila. Es un terreno sobre el que no podeis extraviaros.

FEDERICO.

¡Qué, señora!... y si me atreviese á invocar, para guiar mi vista en el abismo que me atrae, el auxilio de vuestras luces...

ELENA.

¿Consejos? Mejor que mejor; suponed que soy vuestra anciana tia. Eso es lo que deseo. No soy orgullosa. Vamos, hablad.

FEDERICO.

Pues bien, señora, comienzo.

ELENA.

Eso es, comenzad.

FEDERICO.

Me encuentro, señora, en una situacion extraordinaria; quiero casarme...

ELENA.

Convenido.

FEDERICO.

Lo deseo: lo uno, porque es mi propia inclinacion, y además, porque mi padre desea que lo haga.

ELENA.

Sois buen hijo.

FEDERICO.

Ahora bien, señora, me habia tomado tres ó cuatro años para meditar á fondo esta resolucion suprema; he llegado al límite de la edad que me habia propuesto, y todas mis meditaciones solamente me han conducido á un matrimonio de desesperacion.

ELENA.

Me haceis estremecer.

FEDERICO, *expresándose con energía.*

¡Me casaré con una fea estúpida!—¡y aún me engañará! ya lo vereis.

ELENA.

No lo veré, pero lo mereceis. ¿Por qué elegir mal de intento?

FEDERICO, *con brusco acento.*

¿Es posible hacer otra cosa, señora?

ELENA.

No os incomodeis, os lo suplico. Yo no tengo la culpa de lo que os sucede, señor de Kerdic. Vamos, raciocinemos tranquilamente. Puesto que aún gozais de completa libertad, ¿quién os impide elegir una mujer agradable en vez de un monstruo?

FEDERICO.

Señora, en mi primera juventud, cuando asistia á un baile, invitaba preferentemente á esos sacos abandonados, que parecen fijos á perpetuidad en las banquetas; no era que yo gustase de objetos raros, no; pero á mi timidez hacian horrible daño los desdenes y áun la glacial indiferencia de las bellas pagadas de sí mismas. Análogo sentimiento me impulsa hoy á pretender la mano de una campesina fea. Creo que á falta de otra virtud, podré contar con su agradecimiento.

ELENA.

De ningun modo. Para apreciar el mérito de vuestra abnegacion, era preciso, en primer lugar, que vuestra campesina conociese sus defectos, y no encontrareis ninguna así, ni en el campo ni en la ciudad; podeis creerme.

FEDERICO.

Convendreis al ménos, señora, que casándome con una mujer sin atractivos de ningun género, me aseguro una especie de garantía material contra esos cuidados vulgares, esas inquietudes, esas sospechas, por no decir esas catástrofes risibles, que envenenan la existencia de la mayor parte de los maridos.

ELENA.

Bien, sea. Supongamos que las cosas salen á vuestro gusto por ese lado; que teneis, señor de Kerdic, la fortuna, tan agradable para un alma delicada, de ver á vuestra esposa en el buen camino, no por respeto á vuestra persona ni á sus deberes, sino por la imposibilidad de salir de él ni encontrar otro de tanto valor como vos... ¿Creeis que ántes de seis meses no habreis muerto de vergüenza, de fastidio, de odio comprimido, en brazos de vuestra espantosa y fiel compañera?

FEDERICO.

¡Ah, señora! no deseo otra cosa que poder encaminar mejor

mi eleccion: pero ¡en nombre de Dios! ¿cómo penetrar el natural velo de disimulo que el trato social hace más tupido aún sobre la frente de las jóvenes? He empleado los mejores años de mi juventud en intentar la conquista de esa tierra de promision... y ya veis, señora, los únicos frutos de mi obstinado trabajo han sido algunas canas, una vejez precoz.

ELENA, *gravemente.*

¡Amargos son!—Pero, señor de Kerdic, si tanto temeis á las jóvenes, ¿por qué no elegís una vieja?... Las viejas son más comunicativas.

FEDERICO, *con mal humor.*

Lo son demasiado.

ELENA.

Me ocurre una gran idea... ¿Si eligieseis una viuda?

FEDERICO, *con viveza.*

¡Oh! nó, nó.

ELENA, *riendo.*

¡Bah!... no sabeis lo que rechazais... *(Detiénese bruscamente ante un claro que se descubre en un recodo del sendero.)* ¿Qué veo allá abajo?... unas ruinas... ¡ruinas en un bosque!... efecto de sol poniente... ¡Oh, qué bonito!... ¿Cómo llamais á esas ruinas?

FEDERICO, *con mal humor.*

Por mi parte las llamo una choza de carbonero.

ELENA, *avanzando por el claro.*

¡Una cabaña de carbonero con columnitas y ogivas del gótico más puro! es cosa rara y curiosa!... es preciso verla mas de cerca. (*Acércase, rasca la pared y levanta el tapiz de yedra que la cubre.— Sobre dos gradas está colocada una cruz de granito en medio del recinto.— Elena llama apresuradamente á Federico.*) Señor de Kerdic, venid corriendo á ayudarme; aquí hay cosas como letras encima de la puerta... pero temo que sea sanscrito...

FEDERICO, *que se ha acercado.*

Me parece sencillamente un nombre... en latin.

ELENA.

Probablemente el nombre del carbonero. ¿Podeis leerle?

FEDERICO, *subiendo á las ruinas de una pared.*

Me parece que dice *Sara*... ó no sé qué.

ELENA.

¿Pero sabeis latin? porque si no le sabeis, es inútil que os torzais un pié.

FEDERICO, *permaneciendo sobre la pared.*

No, no es *Sara*, es *Sancta*.

ELENA.

En efecto, eso es más posible... ¿Y qué más?

FEDERICO.

Además... esperad... dice Ma... Marc... ¡eh! ¡San Marcos, pardiez! (*Salta al suelo bruscamente.*)

ELENA.

¡San Marcos y la Vírgen! posible es... pero, si no me engaña la vista, creo que dice *Marcella*, tanto más, cuanto que concertaria con *Sancta*, que es femenino... (*Rie.*) En último caso, es de la misma familia; ¿verdad, señor de Kerdic?

FEDERIGO.

¡A fe mia! teneis razon... *Marcela*... veia que habia letras detrás de *Marc*...

ELENA.

¿Seria abusar de vuestra complacencia el pediros cinco minutos de alto en este oasis?... Deseo emborronar... esta carbonería.

FEDERICO.

Estoy á vuestras órdenes, señora. (*Elena se sienta sobre las gradas de la cruz, frente á las ruinas de la capilla, y comienza á dibujar. Federico, sentado á cierta distancia, remueve con el pié hojas secas. Momento de silencio.*)

ELENA.

¿Dormís, señor de Kerdic?

FEDERICO.

No, señora.

ELENA, *ahuecando la voz.*

¡No, señora!... (*Con su voz natural.*) Eso no ímpide que yo sepa más latin que vos, aunque no lo haya aprendido en otra parte que en la letanía de los santos... Os prevengo que en vuestro matrimonio tendreis que rezar en latin... Así, pues, arreglaos de modo... pero, á propósito, ¿puedo haceros una pregunta indiscreta?

FEDERICO, *sonriendo.*

Os la suplico.

ELENA.

¿Qué clase de hombre sois? Decídmelo con franqueza.

FEDERICO.

¡Diablo! me apurais mucho... Soy un hombre como cualquiera otro.

ELENA.

Tanto peor.

FEDERICO.

Soy algo brusco; pero no malo... esto en cuanto al corazon. En cuanto á la cabeza... ¡diablo! tengo mucha memoria... y he estudiado en el colegio de Luis el Grande.

ELENA.

¿Y sois licenciado?

FEDERICO.

Sí.

ELENA.

¡Pues bien! con todo eso, podeis hacer excelente matrimonio.

FEDERICO.

Sois muy amable. (*Se levanta y va á ver el dibujo de Elena.*) ¡Bravo, señora, dibujais como un maestro... el estilo gó-

tico está perfectamente copiado... ¡parece el Parthenon!

ELENA, *gravemente.*

¿Verdad? (*Federico se inclina y da algunos pasos por las ruinas. Elena continúa dibujando.*) Señor de Kerdic, ¿cómo tratareis á vuestra esposa?

FEDERICO.

Como hombre galante, señora.

ELENA.

¿Y qué es ser hombre galante? ¿La amareis?

FEDERICO.

Esa es mi intencion. Como podeis suponer, no iré á coger una guitarra y plantarme debajo de sus rejas como en Andalucía; pero le consagraré todos los afectos de un corazon madurado por la experiencia.

ELENA.

Estad seguro de que eso le agradará... Mirad qué cosa tan bonita coloco aquí.

FEDERICO, *mirando el dibujo.*

Preciosa... ¿Qué representa?

ELENA, *despues de una pausa.*

¡Un elefante! (*Federico se inclina, marcha á sentarse, y queda sumergido en profunda meditacion. A los pocos momentos le mira furtivamente Elena y se echa á reir.*)

FEDERICO.

¿Podré saber qué os ocurre, señora?

ELENA, *continuando el dibujo y sin alzar los ojos.*

Ocurre que no puedo evitar reirme del trabajo que os tomais... Apuesto á que seguís pensando en vuestro matrimonio. ¡Dios mio! ¿de qué os sirve tanta meditacion, tanta desconfianza y tanto cálculo? Yo os lo diré aunque os veo tan injustamente enojado conmigo...

FEDERICO.

No, señora; no en verdad.

ELENA.

Sí, á fe.—Aunque me querais mal, aunque desacrediteis mi corta habilidad, y todo por San Márcos...

FEDERICO.

Señora, os juro que no.

ELENA.

Y yo os juro que sí. Sin embargo, os diré que perdeis completamente el tiempo, y que buscais el secreto de vuestro porvenir en elementos que no lo contienen. De vos mismo, de vuestra conciencia, de vuestras cualidades ó defectos podeis deducir datos sobre el porvenir que tanto os asusta, y obtener vuestro horóscopo conyugal. Yo he procurado hacerlo ahora, y me habeis desconcertado con vuestras burlonas respuestas.

FEDERICO.

Pero señora, aunque yo fuese un inaudito conjunto de perfecciones, si me caso sin saberlo con los siete pecados capitales, convendreis que es más probable que me ahoguen, que no el que yo les ahogue á ellos.

ELENA.

¡No penseis así! ¿Acaso es posible casarse sin saberlo con los siete pecados capitales? No exagereis. En primer lugar, son muy raras las jóvenes que hacen llorar á su madre y pegan á su doncella, y además, se las señala con el dedo... esos escándalos son públicos. El que se casa con alguna de ellas, es porque quiere. Aparte de estas excepciones que saltan á los ojos, y que son fáciles de evitar, hay pocas muchachas bien nacidas, muy pocas, creedme, sean los que quieran los matices interiores de su carácter, que no tengan en el fondo del alma todo lo necesario para honrar el nombre de un hombre, y bendecir su hogar.

FEDERICO.

Os aseguro, señora, que si lo creyese...

ELENA.

¡Ah! sí, lo creeis; lo sabeis como yo, porque eso es evidente; pero tambien sabeis que esos buenos gérmenes no se desarrollan solos; que la mejor madre solamente puede prepararos la educacion de vuestra jóven esposa... y esta tarea asusta vuestra conciencia é incomoda á vuestra pereza. ¡Ah! os comprendo muy bien... lo que quereis, lo que anhelais es una mujer de virtud bastante superior para compensar la debilidad de la vuestra; una mujer tan felizmente dotada, que sus disposiciones para el bien se sostengan sin apoyo y maduren sin cultivo; una mujer, en fin, tan firme en sus principios, que realice su destino con la inflexible precision de los astros, acariciando con su luz ó protegiendo con su sombra vuestra indolente seguridad. ¡Pues bien, señor de Kerdic, esa mujer no la encontrareis, ni aquí, ni en la China, porque no existe!... Así, pues, no la busqueis... es inútil. (*Cierra el álbum y se levanta: el dia decrece sensiblemente.*)

FEDERICO.

¡Dios mio! señora, ¿estais segura de cumplir exactamente con la justicia al hacer una apología tan espléndida de vuestro sexo y condenar tan duramente el mio? Conozco la sociedad; hay malos maridos, hay muchos, pero tambien los hay buenos. ¿Se les paga segun su mérito? ¿Estais segura de ello? ¿Basta siempre, basta ordinariamente el honor más leal para espeler del corazon de la mujer la movilidad, la astucia, la traicion, esa fatal herencia de la primera esposa, de la primera culpabl

ELENA.

En primer lugar, no expongais como razones esos rasgos poéticos, esas lamentables profanaciones de las cosas santas; no me hableis de herencia fatal... eso es pueril. Nuestra sangre seria tan pura como la vuestra, no podeis negarlo, si no la turbarais con vuestras enseñanzas; si vosotros no os empeñaseis incesantemente, en el trato social, en despertar en

nosotras, en provecho de vuestras pasiones y placeres, esos malos instintos, que son una levadura inevitable, pero no el fondo de nuestra naturaleza; ¡y en seguida gritais anatema, hablais de corrupcion original, cuando esos vicios que habeis hecho nacer se vuelven contra vosotros, cuando soi víctimas de las llamas que habeis atizado, cuando os heri con esos tristes juguetes que son obra de vuestras manos. ¡Puesto que amais la verdad, ahí la teneis!...

FEDERICO.

No creo en lo de herencia fatal; pero sí sostengo que un buen marido, tan frecuentemente como uno malo...

ELENA, *de pié sobre las gradas de la cruz, hablando con enérgico entusiasmo.*

¿Á qué llamais un buen marido? ¿Acaso es á vuestros ojos el matrimonio uno de esos contratos puramente humanos, á que basta llevar el fácil honor, las superficiales cualidades que forman lo que llamais un hombre galante? Sí, eso creeis, pero es un error gravísimo, señor de Kerdic... y no busqueis en otra parte la causa de vuestras decepciones y de nuestros extravíos. Os casais como los sacerdotes de algunas religiones bárbaras cumplen los ritos de sus antecesores, cuyo sentido no comprenden; os casais para obedecer á la vaga influencia del ejemplo, de la tradicion, de la rutina... Encerrais toda la vida de la mujer en un episodio indiferente de la vuestra, ¡y este es el matrimonio! Pero, decidme, ¿con qué extraña adivinacion, con qué milagro contais para enseñarnos las virtudes de nuestro nuevo estado? Vuestra ligereza de ideas, vuestros flotantes principios, vuestro descuidado escepticismo, ¿tendrán el don de inspirarnos el respeto, la gravedad, la santidad de la esposa? Esos sentimientos que están sobre el honor mundano tanto como el matrimonio es superior á una intriga vulgar, si no se encuentran en vuestro corazon... y no están en él... ¿creeis que los concebirá el corazon de vuestra esposa?... Nunca, nunca, entendedlo bien...

Y mirad, señor de Kerdic, os voy á dar el consejo que me pediais, y con una franqueza que tal vez os desagrade... pero debeis comprender que os trato más como amigo que como extraño... no sé por qué... y obro mal sin duda... ¡no importa!—Pues bien, no os caseis. Sois sin duda muy leal, lo creo; muy bondadoso, tambien; y seriais un buen marido á vuestro juicio, pero no al mio, no al nuestro... Os predigo que sereis, como tantos otros, desgraciado, celoso con razon, engañado tal vez... porque os falta, como á los otros, la inteligencia grave, levantada, moral... y, permitid que os lo diga, puesta la mano sobre esta cruz, que olvidais demasiado... el sentimiento religioso de lo que haceis, del acto que realizais, porque formais con demasiada ligereza esos lazos que quereis tan sólidos, y que no son nada cuando no dependen del cielo; porque careceis de fe, comprendedme bien, de fe en vos mismo, en nosotras y en Dios...

FEDERICO.

Muy severo es ese lenguaje, señora, y sin embargo, siento que respira una benevolencia grave que me confunde. Cada palabra vuestra, al penetrarme del respeto que os debo, me hace sentir amargamente lo poco que os lo he manifestado.

ELENA, *que ha bajado á su lado.*

¡Dios mio! señor de Kerdic, una mujer que en pleno siglo diez y nueve comete la imprudencia de extraviarse en un bosque, no debe manifestarse muy escrupulosa en cuanto á la etiqueta. Hasta tengo, relativamente á los caballeros modernos, ideas bastante exactas, que me hacen alegrarme de haberos encontrado más bien que á otro; y, á pesar de algunos matices dudosos de vuestra conversacion, os agradezco tanto lo que me habeis dicho como lo que habeis callado. No, no me quejo, y os pido perdon por haber manifestado demasiado claramente en punto tan esencial, el corazon de la mujer, el ardor de mi edad y de mis convicciones.

FEDERICO.

Señora, creia oir á una profetisa jóven, y hubiese estado escuchándoos toda la noche con extremado placer.

ELENA.

Toda la noche seria ya demasiado para vuestro placer y para mi honor. Afortunadamente, he concluido. Vamos de prisa.

FEDERICO.

Vamos. (*Coge la escopeta y se acerca lentamente á Elena, mirando en derredor.*)

ELENA.

¿Qué mirais?

FEDERICO.

Quisiera, señora, imprimir en mi memoria algun detalle de este fugitivo sueño en el misterioso aspecto del bosque, esta hermosa luz que se extingue, vuestra delicada figura en medio de estas ruinas, al pié de esa cruz... los principales rasgos de un cuadro que será el último, el recuerdo más precioso de mi juventud, y que vos habreis olvidado mañana.

ELENA.

No, caballero. Pero, vamos. (*Quiere alejarse.*)

FEDERICO.

Lo olvidareis. ¿Qué atractivo habia de produciros? Sin la encantada vida que vuestra palabra, vuestra belleza, la expansion de vuestra alma acaban de dar á este apartado rincon del mundo, ¿qué seria tampoco para mí, sino un hermoso detalle de paseo que se atraviesa y se olvida? Vos, señora, os llevais un dibujo en un álbum, al verlo, recordareis la vieja capilla, los árboles, las piedras, pero no á mí; porque nada de mí se ha mezclado á vuestras impresiones, ni un destello de mi vida, ni un sentimiento de mi corazon, ¡nada! Habeis encontrado á un extraño, y os separais de un extraño.

ELENA.

No... hasta el punto que decís... pero adelanta la noche, y os suplico...

FEDERICO.

¿Porque os importuno con mis palabras? ¿Quién sois, qué sois para mí? No os conozco... sin duda nos separamos para siempre. ¿Qué me importa un lugar en vuestro recuerdo? ¿Y por qué esta pena que experimento al ver que no lo he conquistado? No... no puedo... no puedo permanecer bajo la influencia de ese consejo que os ha dictado vuestro desprecio... Por favor, señora, no creais á este miserable orgullo, á este cobarde pudor del bien que retiene en mis labios, que convierte en sarcasmos mis sentimientos más verdaderos, los mejores, los más dignos de ser confesados...

ELENA, *á media voz.*

¡Oh! ¡es verdad!

FEDERICO, *con calor.*

Yo rompo á vuestros piés este orgullo, esta máscara. Debo confesároslo; jamás esperanza humana, jamás palabra de amor ó de ambicion fué acariciada en corazon humano, como lo ha sido en el mio esa palabra casi ridícula, ¡matrimonio!... Mi juventud, toda mi juventud estaba como suspendida de esa fecha misteriosa, como para desquitarse de sus dolores, rescatar sus debilidades, para derramar, en fin, en un manantial puro todas sus virtudes, frecuentemente sofocadas; pero nunca manchadas, nunca extinguidas. ¡Amor bendito, tierna proteccion, confiada intimidad, hadas queridas del hogar doméstico, cuántas veces os he invocado y con cuánto fervor, con cuánta ternura! Dios me es testigo... Y puesto que he nombrado á ese Dios, ¿podeis creer que le olvido ni un momento, y ménos cuando tiendo las manos hácia la ley más sagrada y más dulce que nos ha dado? Mi religion, señora, no es, sin duda tan precisa y tan dichosa como la vuestra; pero tal como es, domina toda mi inteligencia, y no es extraña á ninguno de mis pensamientos. ¿Cómo habia de dejarme ignorar el sentido austero, el sentido divino que Dios ha puesto en cada ley de nuestra vida, y que prolonga más allá de la tierra

la cadena de nuestros deberes, de nuestras afecciones y de nuestras esperanzas?... No, nò... no realizaria el acto más grave y decisivo del destino del hombre, con esa ligereza, ese descuido, esa frialdad que vuestra justa cólera ha condenado, y castigado vuestro desdeñoso consejo!... Y sin embargo, seguiré ese consejo, ¡os lo prometo!

ELENA, *en voz baja.*

Olvidadlo, olvidadlo; os lo ruego.

FEDERICO, *muy conmovido.*

Ya es imposible; en adelante no podré prometer á ninguna mujer fidelidad sin nubes, sin amargura... libre de recuerdos.

ELENA.

No sé, señor de Kerdic, si os comprendo... pero todo esto es una extravagancia indigna de los dos... Dentro de una hora ya no la recordareis... Ya es completamente de noche... He sido muy imprudente... Me acompañareis aún durante algunos pasos, y en seguida me dejareis... Creedme, señor de Kerdic, pedid atrevidamente la mano á una linda mujercita, que sea honesta, piadosa y fiel; y entretanto, tomad la mia en señal de despedida, de recuerdo, de amistad. (*Federico estrecha la mano que le ofrece Elena.*)

UNA VOZ DE TRUENO, *entre los matorrales.*

En la mejilla, hijo mio; en las dos mejillas, ó eres un gallina. (*En el mismo momento se precipita en el claro el general, la baronesa le sigue corriendo y gritando.*)

LA BARONESA.

¡No, señor! ¡no, señor!.. ¡Loca muchacha, cuánto me has inquietado!

ELENA, *abrazándola con efusion.*

¡Madre mia!

EL GENERAL, *abriendo los brazos.*

Y á vuestro padre, encantadora niña. ¿Acaso no se abraza al viejo papá? (*Elena, cortada y vacilante, interroga á su*

madre con la mirada.) Os digo que soy el padre de este hablador... Así pues, abrazadme, ¡qué diablo! (*Estréchala contra su corazon, y Elena se escapa ruborizada.*)

LA BARONESA.

Con vuestros delicados modales todo lo vais á echar á perder, ya lo vereis... ¡Pobre niña, cómo tiembla!... vamos, no eres razonable... El general y yo lo hemos oido todo... Sois dos niños grandes y nada más... ¿Venís, señores? (*Coge el brazo de Elena y se alejan hablando.*) Sin embargo, no puedo dejar de decirte, hija mia, que un bosque, sobre todo al oscurecer, no es sitio á propósito para una jóven... (*Desaparecen.*)

EL GENERAL, *á Federico.*

¡Y te quedas plantado ahí como una cucaña! ¡Sigámoslas la pista, pardiez! (*Le coge el brazo.*) Y no vengas á decirme que no quieres casarte con ella, despues de haberla comprometido indignamente... Si no, yo reparo la ofensa y me caso con ella; ¡clarito!

FEDERICO.

Pero, padre mio, decidme al menos con quien me caso... y en primer lugar, si es soltera ó viuda.

EL GENERAL.

¡Chist, hijo mio! es viuda... pero con circunstancias... que te agradarán. Ya te contaré eso despues. (*Desaparecen por el bosque.*)

FIN.